

Las palabras que no me salvaron.

Durante mucho tiempo Flonny creyó que escribir servía para salvar algo.

No sabía exactamente qué. Tal vez una memoria. Tal vez una persona. Tal vez esa parte de uno que se va rompiendo en silencio mientras los demás siguen creyendo que uno está entero porque responde mensajes, sonríe cuando debe y aprende a decir “estoy bien” con una naturalidad casi profesional.

Al principio escribía para no desaparecer.

Después empezó a escribir para que otros no desaparecieran.

Y ahí, sin darse cuenta, ocurrió la primera mentira.

No una mentira mala. No una de esas que se dicen para destruir a alguien o para esconder una traición. Era una mentira más limpia, más aceptable, casi hermosa: creer que porque uno puede darle palabras a otros, entonces también sabe qué hacer con su propio vacío.

Flonny escribió esperanza.

La escribió con distintas caras, con distintos nombres, con distintas heridas. La puso en personajes que se levantaban después de perderlo todo. La escondió en cuentos donde alguien encontraba una razón para quedarse. La dejó en frases que parecían abrazar a desconocidos desde una página. Escribió sobre seguir viviendo, sobre no rendirse, sobre recuperar la voz, sobre mirar el dolor sin dejar que el dolor se convirtiera en dueño de la casa.

Y la gente, a veces, le creyó.

Eso fue lo peor.

Le creyeron.

Algunos le dijeron que sus palabras los habían acompañado en una noche difícil. Otros dijeron que habían llorado. Otros que se habían sentido vistos. Otros que, por unos minutos, habían dejado de sentirse solos. Flonny leía esos mensajes con una gratitud real, con una ternura que no fingía, y por un momento pensaba que tal vez eso era suficiente. Que si algo escrito por él podía tocar a alguien, entonces su vida no estaba tan vacía como parecía.

Pero después apagaba el teléfono.

Y volvía el silencio.

No el silencio tranquilo de una casa en paz, sino ese otro silencio que se sienta frente a ti como alguien que sabe demasiado. El silencio que no pregunta porque ya conoce la respuesta. El silencio que espera a que termines de ser útil para los demás para recordarte que contigo mismo no has sabido hacer nada.

Esa noche, la noche en que empezó esta historia, no pasó nada extraordinario.

Eso también le pareció cruel.

No hubo una llamada devastadora, ni una noticia terrible, ni una puerta cerrándose con violencia.

Nadie le dijo adiós. Nadie lo insultó. Nadie le rompió el corazón de una forma nueva.

Simplemente llegó a casa, dejó las llaves sobre la mesa, se quitó los zapatos y sintió, con una claridad casi ofensiva, que nada de lo que había hecho le había alcanzado.

Sus libros estaban ahí.

Los podía ver desde donde estaba sentado.

Algunos en español. Otros en inglés. Algunos publicados con el orgullo torpe de quien todavía se sorprende de haber llegado hasta una orilla que antes parecía imposible. Cada portada era una

prueba. Cada título era una marca de resistencia. Cada página decía, de alguna manera: estuve aquí, intenté, no me dejé borrar.

Pero esa noche no le parecieron pruebas.

Le parecieron testigos.

Testigos de todas las veces en que intentó convertirse en alguien que pudiera salvarse a sí mismo y solo terminó aprendiendo a narrar mejor su caída.

Se quedó mirándolos durante un rato. No supo cuánto. El tiempo, cuando uno se siente vacío, deja de avanzar como reloj y empieza a moverse como agua estancada. Todo está quieto, pero algo se pudre.

Entonces pensó algo que no había querido pensar completo:

¿Y si todos tenían razón?

No lo dijo en voz alta.

No hacía falta.

Hay pensamientos que no necesitan sonido para ocupar una habitación entera.

¿Y si todas las personas que lo hicieron sentir difícil de amar solo estaban viendo algo que él se negaba a aceptar? ¿Y si cada abandono fue una forma de justicia? ¿Y si el vacío no era una herida, sino una consecuencia? ¿Y si después de tantos años intentando darle sentido a su dolor, el sentido era precisamente ese: que había recibido lo que merecía?

Le dio vergüenza pensarlo.

No porque fuera dramático.

Sino porque una parte de él lo creyó.

Y cuando una parte de uno cree algo así, aunque sea por un segundo, el mundo se vuelve un lugar muy pequeño.

Flonny se levantó para servirse agua, pero no tenía sed. Abrió la nevera, pero no tenía hambre. Revisó el teléfono, pero no quería hablar con nadie. Cerró una aplicación, abrió otra, volvió a cerrarla. Ese movimiento absurdo de los dedos también era una forma de pedir auxilio sin molestar a nadie.

Había mensajes pendientes.

Comentarios bonitos.

Notificaciones pequeñas.

Gente hablando de cosas normales, de planes, de cansancio, de trabajo, de vida.

Y él ahí, en medio de todo eso, sintiéndose como si hubiera muerto antes y solo lo hubieran dejado funcionando.

No muerto de una forma evidente. No muerto como se mueren los cuerpos, sino como se mueren ciertas luces internas cuando pasan demasiados años intentando alumbrar cuartos ajenos. Una muerte discreta. Educada. Casi respetuosa. De esas que permiten trabajar al día siguiente, saludar con amabilidad, pagar cuentas, publicar algo, responder “gracias” y hasta reírse si la escena lo exige.

Pensó en todos los textos donde había hablado de esperanza.

Le dio rabia.

No contra los textos.

Contra sí mismo.

Contra esa versión suya capaz de construir una frase limpia mientras por dentro había una habitación llena de polvo. Contra el hombre que podía decirle a otros “sigue” y después quedarse solo sin saber hacia dónde. Contra el escritor que había convertido su herida en compañía para desconocidos, pero que todavía no encontraba una forma de sentarse al lado de sí mismo sin sentirse una carga.

Esa noche entendió algo horrible:

a veces uno no se cansa de vivir.

Se cansa de intentarlo de la misma manera.

Se cansa de levantarse con discursos que ya no convencen.

Se cansa de prometerse que esta vez será diferente cuando por dentro todo se siente igual.

Se cansa de tener sueños grandes y un vacío más grande todavía.

Se cansa de escribir finales donde alguien encuentra una salida, mientras la propia vida parece escrita por una mano que no sabe corregir.

Flonny se sentó frente a la computadora.

No quería escribir.

Eso fue lo primero honesto que sintió.

No quería hacer literatura con su dolor. No quería transformar la miseria en algo presentable. No quería crear una pieza conmovedora que alguien pudiera leer algún día y decir: qué profundo, qué valiente, qué hermoso.

No.

Esa noche no quería ser profundo.

No quería ser valiente.

Y no había nada hermoso en sentirse así.

Quería escribir algo feo.

Algo que no intentara salvarlo.

Algo que dijera la verdad sin limpiarse los zapatos antes de entrar.

Abrió un documento en blanco.

Durante varios minutos no escribió nada.

El cursor parpadeaba en la pantalla con una paciencia insoportable. Parecía burlarse de él. O esperarlo. A veces esas dos cosas se parecen demasiado.

Entonces escribió la primera línea:

Quizás todos tenían razón.

La miró.

Y lloró.

No un llanto elegante. No uno de esos que parecen escena. Lloró como se llora cuando el cuerpo entiende antes que la mente que lleva demasiado tiempo apretando algo. Lloró con rabia, con vergüenza, con cansancio, con esa tristeza antigua de quien no está llorando solo por una noche, sino por todas las noches en que tuvo que seguir funcionando sin que nadie preguntara cuánto costaba.

Y mientras lloraba, algo extraño ocurrió.

No se sintió mejor.

Eso habría sido demasiado fácil.

Pero por primera vez en mucho tiempo, tampoco sintió que estuviera mintiendo.

La página no lo consoló.

No le prometió un futuro.

No le dijo que todo iba a estar bien.

Solo se quedó ahí.

Blanca.

Abierta.

Aguantando lo que él ya no podía seguir cargando solo.

Flonny siguió escribiendo.

No porque creyera en la esperanza.

No esa noche.

Esa noche la esperanza le parecía una palabra ajena, una casa donde todos podían entrar menos él.

Siguió escribiendo porque no sabía qué otra cosa hacer con tanto vacío. Siguió escribiendo porque, aunque una parte de él insistía en que nada había valido la pena, otra parte —más pequeña, más terca, más cansada— todavía quería dejar constancia de que había intentado.

Y quizás eso era lo único que podía decir a su favor.

No que fue bueno.

No que fue fuerte.

No que merecía ser salvado.

Solo esto:

intentó.

Incluso cuando no lo llenó.

Incluso cuando no lo hizo feliz.

Incluso cuando todo parecía una mentira.

Incluso cuando sus propias palabras no supieron encontrarlo.

Intentó.

Pero esa noche, la palabra intenté ya no le alcanzó.

La había usado demasiado. La había convertido en refugio, en explicación, en defensa. Cada vez que algo dolía, Flonny regresaba a esa palabra como quien se cubre con una manta vieja: intenté.

Intenté ser mejor. Intenté no romperme. Intenté perdonar. Intenté avanzar. Intenté escribir. Intenté vivir.

Pero ¿cuánto tiempo podía un hombre seguir justificando su existencia con la prueba de que había intentado?

¿Qué pasaba cuando intentar ya no bastaba?

¿Qué pasaba cuando uno miraba todo lo cruzado, todos los caminos, todos los obstáculos, todas las noches sobrevividas, y aun así sentía que algo esencial seguía ausente?

Flonny cerró los ojos.

Por un momento se imaginó desde afuera: un hombre sentado frente a una computadora, rodeado de libros que llevaban su nombre, llorando como si acabara de descubrir que ninguna portada podía abrazarlo. La imagen le dio ternura y rabia al mismo tiempo. Se vio pequeño. Se vio ridículo. Se vio humano.

Y tal vez fue esa última palabra la que lo empujó a levantarse.

Humano.

No personaje.

No autor.

No símbolo.

No ejemplo.

Solo humano.

Se levantó sin saber exactamente hacia dónde iba.

No era sed. No era sueño. No era hambre. Era esa necesidad torpe de mover el cuerpo cuando el alma ya no sabe dónde ponerse.

Llegó al baño y encendió la luz.

El espejo le devolvió una cara que conocía demasiado y, al mismo tiempo, una cara que esa noche le pareció casi ajena. Tenía los ojos cansados, la piel marcada por el llanto, la boca apretada como si todavía estuviera conteniendo una frase que no se atrevía a salir. Se quedó mirándose durante varios segundos, esperando sentir lo de siempre: rechazo, incomodidad, esa costumbre antigua de verse como alguien que todavía no estaba terminado.

Pero no fue eso lo que sintió.

Y quizás eso fue lo que más lo rompió.

Porque le gustó lo que vio.

No de una forma vanidosa. No como quien se admira frente a un cristal. Le gustó de una forma triste, casi tierna. Vio a un hombre que había cruzado demasiado. Vio a alguien que había perdido, que se había ido, que había empezado de nuevo, que había escrito con el pecho abierto, que había intentado convertirse en una casa para otros mientras todavía no sabía habitar a sí mismo.

Le gustó ese hombre.

Entonces, ¿por qué no podía quererlo?

¿Por qué era tan fácil sentir ternura por cualquiera menos por él?

¿Por qué podía entender las heridas de otros, perdonar sus caídas, acompañar sus noches, escribirles frases para que no se sintieran solos, pero cuando se trataba de sí mismo siempre

aparecía una dureza antigua, una voz sin rostro diciéndole que todavía no, que aún no bastaba, que aún tenía que demostrar algo más?

Apoyó las manos en el lavamanos.

Bajó la cabeza.

Y lloró.

—¿Qué más tengo que hacer? —preguntó, aunque no había nadie.

Pero sí había alguien.

Estaba él.

Ese él del espejo.

Ese hombre que lo miraba con los ojos rotos y no se iba.

—¿Qué más tengo que hacer para sentirme vivo? ¿Cuántas veces tengo que empezar de nuevo?

¿Cuántos libros tengo que escribir? ¿Cuántas heridas tengo que convertir en algo útil? ¿Cuánta gente tiene que decirme que mis palabras le sirvieron para que yo pueda creer, aunque sea por un segundo, que también sirvo para mí?

La voz se le quebró.

Le dio vergüenza hablarse así.

Después le dio más vergüenza haber pasado tantos años sin hacerlo.

—Yo te he dejado para después demasiadas veces —dijo, mirándose por fin—. Siempre había alguien más urgente. Alguien más roto. Alguien más digno de mi paciencia. A todos les di una

frase. A todos les di una puerta. A todos les di una luz pequeña para cruzar la noche. ¿Y a ti qué te di?

El reflejo no respondió.

Solo le sostuvo la mirada.

Y eso, de alguna manera, fue peor.

Porque no lo acusaba.

No lo odiaba.

No le pedía explicaciones.

Solo estaba ahí, esperando que Flonny dejara de abandonarlo en nombre de todos los demás.

—Mírate —susurró.

Y se miró.

Se miró como si fuera otro. Como si por fin pudiera prestarse esa compasión que tantas veces había derrochado en personas que ni siquiera tuvieron que pedirla. Se miró los ojos hinchados, la respiración rota, la frente cansada, el rostro de alguien que había luchado más de lo que admitía. Y entonces sintió una tristeza diferente. No la tristeza de odiarse. No exactamente. Era la tristeza de descubrir que tal vez había sido injusto consigo mismo durante demasiado tiempo.

—No eres feo —dijo, y casi se rió por lo absurdo de empezar por ahí.

Pero era verdad.

No era feo.

No era esa cosa imposible de querer que tantas veces había imaginado cuando se miraba desde el juicio de otros. No era el error que algunos le hicieron creer. No era el abandono que le dejaron encima. No era la suma exacta de las veces que no fue elegido.

Era un hombre.

Uno cansado.

Uno sensible.

Uno difícil, quizás.

Uno contradictorio.

Uno que a veces no sabía amar sin miedo, ni quedarse sin temblar, ni recibir sin desconfiar.

Pero un hombre.

Y esa noche, por primera vez, esa palabra no le pareció poca cosa.

—Entonces, si me gusta lo que veo —dijo, casi enojado—, ¿por qué no puedo quererme? ¿Por qué no termino de entrar en mí? ¿Por qué me cuesta tanto hacer conmigo lo que haría por cualquiera? ¿Por qué puedo escribir un libro entero sobre la vida de alguien más y no puedo escribirme una frase que no me suene a mentira?

El espejo permaneció callado.

Flonny también.

Durante un momento solo existió el sonido de su respiración, el baño iluminado, la noche afuera, los libros en la otra habitación, el documento abierto esperando una verdad que ya no pudiera maquillarse.

Entonces entendió algo que no quiso convertir en enseñanza porque todavía dolía demasiado:
quizás el vacío no siempre es falta de amor.

A veces es amor que nunca aprendió a regresar a casa.

Se limpió la cara con las manos, pero siguió llorando. Ya no como antes. Ya no como si se
estuviera cayendo. Lloró como quien por fin deja salir algo que llevaba demasiado tiempo
pidiendo permiso.

Y no supo por qué, tal vez por costumbre, tal vez por desesperación, tal vez porque incluso en
sus peores noches seguía siendo ese hombre que convertía lo insoportable en palabras, empezó a
decirse un poema en voz baja.

No lo escribió.

No todavía.

Solo lo dijo.

Como si su reflejo fuera el primer lector que de verdad necesitaba escucharlo.

No sé quererte todavía.

Perdóname.

He aprendido a nombrar la tristeza de otros,
a dejar una lámpara encendida
en casas que no eran mías,
a decirle a un desconocido:
quédate,

aunque yo mismo no supiera
dónde quedarme.

He cruzado caminos,
países,
miedos,
puertas cerradas,
noches donde nadie vio
cuánto costaba seguir respirando.

He escrito esperanza
con las manos vacías.

He dado palabras
que nunca supe devolverme.

Y hoy estoy aquí,
frente a ti,
con los ojos llenos de todo lo que callé,
preguntándote
qué más debo hacer
para que por fin me creas vivo.

No tengo una respuesta.

No tengo una promesa limpia.

No tengo esa fe hermosa
que tantas veces puse en una página
para que otros no se hundieran.

Pero mírame.

Estoy llorando
y sigo aquí.

Estoy roto
y sigo hablando.

Estoy cansado
y todavía hay una parte de mí
que no quiere cerrar la puerta.

Tal vez eso no sea esperanza.

Tal vez sea apenas
un momento humano.

Un hilo.

Una respiración.

Una forma pequeña
de no abandonarme esta noche.

No sé quererte todavía.

Pero voy a intentarlo
sin mentirme.

Voy a quedarme
aunque no sepa cómo.

Voy a abrir la puerta
aunque no vea la casa.

Y si mañana despierto
con el mismo vacío,
al menos sabré
que esta noche
no dejé que el vacío
contara toda mi historia.

Cuando terminó de decirlo, Flonny no se sintió salvado.

Eso era importante.

No quería engañarse.

No quería convertir aquella escena en una resurrección falsa, en una de esas epifanías limpias donde el personaje llora, aprende algo y sale al mundo convertido en una versión más luminosa de sí mismo. La vida no funcionaba así. Al menos no la suya. Había vacíos que no se iban porque uno les hablara bonito. Había dolores que no se arrodillaban frente a un poema. Había noches que seguían siendo noches incluso después de encender todas las luces.

Pero algo había cambiado.

No mucho.

No lo suficiente para llamarlo felicidad.

No lo suficiente para aplaudirlo.

Algo pequeño.

Una mínima desobediencia.

El vacío seguía ahí, sí, pero por primera vez en toda la noche Flonny no lo sintió como dueño absoluto de la habitación. Estaba ahí, sentado en alguna parte de su pecho, con su peso de siempre, con su voz de siempre, con esa paciencia cruel de las cosas que no se van cuando uno las descubre.

Pero ya no estaba solo.

También estaba el hombre del espejo.

También estaba la página.

También estaba el llanto.

También estaba esa frase que no sonaba a victoria, pero tampoco a derrota completa:

esta noche no voy a abandonarte.

Flonny apagó la luz del baño y regresó a la computadora.

El documento seguía abierto.

La primera línea todavía estaba ahí:

Quizás todos tenían razón.

La leyó otra vez.

Ya no le pareció falsa.

Pero tampoco le pareció completa.

Entonces bajó el cursor unas líneas y escribió:

Quizás todos tenían razón, pero no todos conocían la historia completa.

Se quedó mirando esa nueva frase.

No era esperanza.

O tal vez sí.

Pero no esa esperanza limpia que se pone en las portadas para vender alivio. No esa que llega con promesas, música suave y respuestas perfectas. Era una esperanza cansada, con los ojos hinchados. Una esperanza que no decía “todo va a estar bien”, sino algo mucho más humilde: todavía no sabemos.

Y a veces, en ciertas noches, todavía no saber es una forma de seguir.

Flonny pensó en sus libros otra vez.

En las palabras que había escrito para otros.

En las veces que alguien encontró en una página suya una compañía que tal vez él no supo darse. Por primera vez esa noche, no los miró como testigos de su fracaso. Los miró como señales de algo más incómodo y más cierto: ninguna de esas páginas había borrado su vacío, pero tampoco el vacío había logrado borrar esas páginas.

Eso también contaba.

No como cura.

No como premio.

No como demostración de que todo había valido la pena de una forma clara y perfecta.

Pero contaba.

Porque había hecho cosas mientras dolía.

Había creado algo mientras dudaba.

Había abierto puertas para otros aunque él siguiera temblando frente a la suya.

Y quizás el error no había sido escribir esperanza para los demás.

Quizás el error había sido creer que, por no sentirla siempre dentro de sí, entonces era mentira.

Tal vez algunas esperanzas no se sienten primero.

Tal vez se escriben antes de creerse.

Tal vez se prestan a otros hasta que un día, en una noche difícil, alguna regresa con otro nombre y toca la puerta.

Flonny no sonrió. No hacía falta.

A veces la esperanza entra sin hacer ruido. A veces no parece luz.

A veces parece un hombre llorando frente a una computadora, aceptando que está cansado, que se siente vacío, que no sabe cómo quererse todavía, pero que por alguna razón sigue escribiendo la siguiente línea.

Esa noche no terminó su cuento.

Tampoco terminó su dolor.

Solo escribió hasta que el pecho dejó de apretar con tanta fuerza. Escribió hasta que el llanto se volvió respiración. Escribió hasta que la casa dejó de parecer un juicio y empezó a parecer, apenas, un lugar donde podía pasar la noche.

Antes de cerrar el documento, leyó lo último que había escrito.

No era una frase hermosa.

No era una conclusión.

Era casi una promesa, pero una promesa pequeña, de esas que no intentan ganarle al futuro, solo acompañar el presente.

La dejó ahí, al final de la página, como quien deja una silla vacía para alguien que quizás todavía está aprendiendo a llegar.

No sé si mañana voy a quererme.

No sé si mañana el vacío seguirá aquí.

Pero si vuelve, que me encuentre escribiendo.

Que me encuentre intentando.

Que me encuentre mirándome de frente.

Que me encuentre, por una vez, de mi lado.